

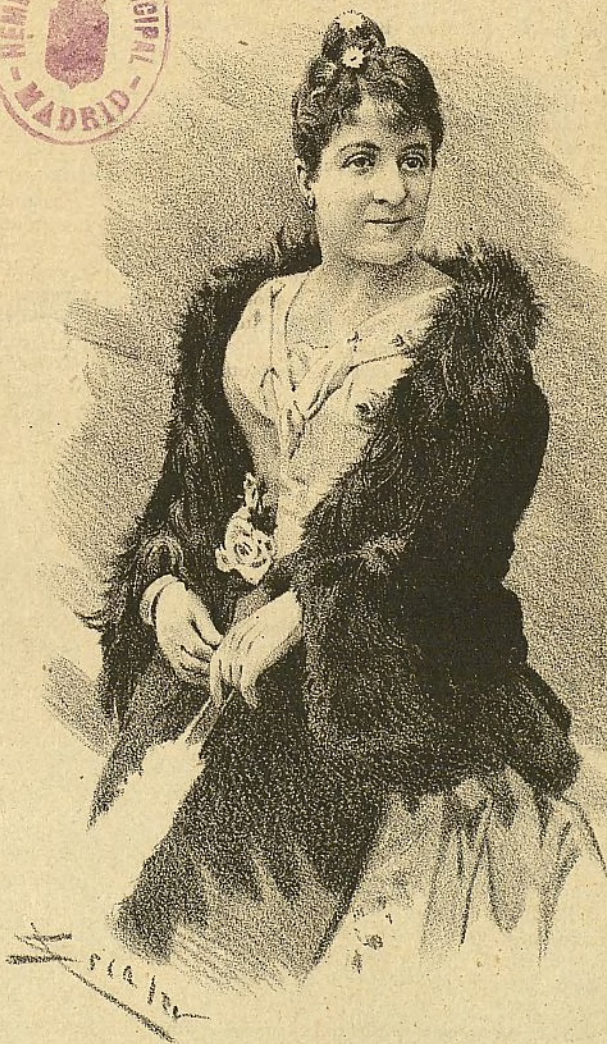


# Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTRAS ACTRICES, POR ESCALER.



ELISA BARDO.



## La Semana

—¿Con que, por fin, la Higinia va al palo?  
 —Así parece.  
 —Y ¿quién la defendió ante el Supremo?  
 —Salmerón. ¿Le parece á V. poco?  
 —Me parece que tratándose de salvar el gaznate, debía haber elegido otro abogado.  
 —¿Cuál?  
 —San Blas, por ejemplo, que es un abogado... de la garganta.

Y no crean los lectores, juzgando por el diálogo anterior, que voy á tomarla con Higinia, la célebre Higinia, cuyas reliquias formarán mañana un Museo-Balaguer (*bis*) que dará quince y raya al que hoy existe: al Museo-Balaguer de Villanueva y Geltrú.

San Blas es quien me preocupa en estos instantes, porque el negro y venerable obispo podría hacer mucho por la salud amenazada de los barcelonenses.

El caso es que la difteria se cierne sobre nosotros, amenazando consumirnos

*por d6 más pecado había,*

sin que yo aluda con esto al sitio por donde mutilaron á D. Rodrigo, sinó á la pícara garganta, órgano pecador, ó encubridor al menos, del primer pecado, por guardar el cuerpo del delito, casi, casi; es decir, la nuez ó bocado de Adán.

Si San Blas ocupa la silla de Barcelona, su sede marcharía como una seda.

En caso contrario ¡adíos, arte lírico barcelonés! Las sociedades corales serán «sociedades al corral»; los orfeonistas quedarán sin voz... y sin voto por consiguiente; la escala musical será para tenores, barítonos y bajos una verdadera escala de Jacob, objeto de sus sueños y nada más.

¿Tendrá temores de venir por ser negro? No se apure el Santo, que aquí estamos acostumbrados al color.

Meses hace que tenemos enfrente la cuestión social... y ¡esa sí que es más negra!

Pero, por Dios, ¡que no nos toquen á la laringe!

Entre todos nuestros órganos, el más querido es el órgano de la voz; por eso: porque es el único órgano que suena.

Sufrimos con paciencia el *trancazo*; pero temblamos ante el *garrotillo*.

Miramos con indiferencia los cañones, pero el *kruppe* nos pone los pelos de punta.

Todo lo preferimos á quedarnos mudos ó afónicos para toda la vida.

Porque un hombre afónico cuando habla no es un hombre; es un fuelle de herrería.

Preferimos perder todos los dones del Espíritu Santo á perder el Señor Don de la palabra.

\*\*\*  
 Todavía no está aprobada la ley del sufragio y ya deben ir pensando nuestros políticos en otra reforma electoral.

Consistirá esta en conceder derecho preferible para elegir diputados y senadores á todos los manicomios y casas de orates de la península.

Lo digo porque de un tiempo á esta parte han demostrado los locos una tan decidida afición á los Cuerpos Colegisladores, que pronto habremos de legitimar sus continuos ataques, sancionándolos por la socorrida ley de Cavour: la de los hechos consumados.

Todavía no hace un mes que un demente intentó jurar como diputado en el Congreso; pocos días hace que un loco intentó armar una escandalera en el Salón de Conferencias del Senado.

La afición parlamentaria, que antes se desarrollaba en los *alieni juris*, se desarrolla ahora en los alienados.

O *alineados*, como los llama un diputado provincial, desde que vió á los de San Baudilio formados en fila.

No recuerdo quien dijo que España era un manicomio suelto.

Pero no llega á tanto.

Es un manicomio que quiere soltarse... á perorar:

Y ¿que extraño es que los faltos de razón quieran entrar en nuestras Cámaras, si la razón en ellas brilla por su ausencia en la mayor parte de los debates?

En tiempos de Alcalá Galiano, era ardua cuestión la de resolver si los representantes de la nación —tanto en Estamento de Próceres como en el de Procuradores—habían de llevar uniforme ó distintivo especial.

Resolvióse el asunto negativamente, pero si las cosas continúan así, el distintivo de los diputados y senadores será preciso y está indicado.

No puede ser otro que la manga verde que llevan los locos en la capital de Aragón.

Siquiera las *Cortes* en que apareciesen dichas mangas, pasasen á la Historia con un nombre muy lógico y natural, aunque yo no me atrevo á estamparlo aquí.

¿Qué podría suceder? ¿que todos nos volviéramos locos?

Pues á tal fin conspiran los proyectos de Hacienda y las múltiples combinaciones que se dan cada día al socorrido resorte de las contribuciones indirectas.

La locura en estos casos es, para el contribuyente, una felicidad, porque ya se sabe que empieza con la manía de grandezas.

Como la que padecía aquel maestro de escuela, á quien el hambre volvió loco.

—¿Quién eres tú?—le preguntaban.

—¿Yo? La Santísima Trinidad.

—Muy derrotado vés para ocupar ese puesto.

—¿Y qué quieres? ¿No ves que somos tres á romper?

Puede darse el caso de que algún representante de la patria no esté conforme con la nueva tendencia; pero entonces le queda el remedio de apelar al Nuncio.

Al Nuncio de Toledo, se entiende.

LUIS ROYO VILLANOVA.



## La botella de cerveza.

### CUENTO.

A mi querido amigo y compañero  
Guillermo Rancés.

I.



n el café, y frente á las ventanas que dan al Muelle, se veía un hermoso espejo de tersa luna y ancho marco dorado, reproduciendo el cielo azul y copiando las imágenes de todos los que pasaban por la calle. Era un magnífico y lujoso espejo, que subía desde el respaldo del diván hasta las ringleras doradas del techo, cubriendo con su cristal un gran espacio de pared entre las columnas centrales de la sala.

Mr. Kohn sentía hacia él un terror, sin duda supersticioso; al entrar en el café buscaba el sitio más escondido, evitando siempre hallarse frente á la tersa luna; le molestaba verse en ella; y al pasar por delante del cristal bajaba la cabeza, dominando ese movimiento inconsciente que nos obliga á mirar nuestra imagen cuando por acaso la vemos reproducida en algún espejo.

Mr. Kohn era, sin duda, un estrafalario ó un maniático. Imponía con lo gallardo de su figura; era alto y de fornido cuerpo; caminaba con la cabeza erguida, los brazos naturalmente caídos y las manos pegadas al bolsillo del pantalón, como un soldado en firme; marchaba acompasadamente, haciendo crujir sus enormes botas de doble suela y ancho y bajo tacón; vestía siempre el mismo traje, llevando al brazo el abrigo impermeable y en la cabeza un sombrero bajo de alas anchas.

Sus ojos no se fijaban en nada; iban como en constante distracción; eran pequeños, muy azules y había en ellos una tenue claridad que se podría llamar luz de luna, en contraste con ese brillo pujante de los ojos negros meridionales, que parecen encendidos en los rayos del sol.

En los ojos de Mr. Kohn podía sorprenderse la vaguedad de un espíritu soñador, la indiferencia del tedio y á veces la bruma densa y oscura de la tristeza.

Se ocupaba Mr. Kohn en negocios mercantiles; tenía la representación de algunas empresas de navegación de Liverpool, y realizaba importantes operaciones. Había adquirido crédito, hasta la hora de la cerveza. Justo, hasta la hora... Llegada esta hora, Mr. Kohn era intratable; metido en un rincón del café... lejos del hermoso espejo, quedábase como embrutecido bebiendo; su rostro grave y dulce poníase sombrío y ceñudo; si alguien se acercaba á hablar con el caballero, podía estar seguro de no obtener respuesta alguna, ni aunque intentase tratar de negocios con él.

Cierto es que fuera de los asuntos mercantiles, como buen inglés, jamás hablaba de otras cosas; tan sólo un día se le escapó decir algunas palabras viendo á Irulbarri, un corredor que habiendo pasado las viruelas se presentó al cabo de algún tiempo

de ausencia ante Mr. Kohn, con la cara desfigurada.

—¿No me conoce usted, Mr. Kohn? En verdad que no soy el mismo. Mire usted cómo me han puesto las viruelas.

—¡Oh, le tengo á usted envidia! replicó Monsieur Kohn, seria y formalmente.

Llegó un tiempo en que Mr. Kohn dejó su vida ordinaria; ya no recorría los muelles ó visitaba las casas de banca con la acostumbrada calma; hacía más larga la hora de la cerveza, bebía más y se levantaba de la mesa, dando muestras de hallarse embriagado; y se supo que la presencia de un sujeto con el cual tenía Mr. Kohn alguna semejanza, producía en éste una profunda inquietud.

Huía del referido sujeto, como huía del espejo, y se supo que no contaba con otro motivo para aborrecer á aquel individuo que con él tenía algún parecido sino la propia semejanza.

Mr. Kohn odiaba su propio rostro, y sin embargo, Mr. Kohn no era feo; sus rubios cabellos rizados, su frente tersa y espaciosa, su fina y correcta nariz en el plano de la frente, su boca bien hecha, su barba bien delineada, le daban un carácter de varonil hermosura con cierto severo aire y perfilado como las estatuas griegas.

No obstante, Mr. Kohn tal vez hubiera dado dinero por desfigurarse; y sin duda no tanto por esto como por no hallar ninguno que se le pareciese, y por no verse el rostro en un espejo ó en un retrato; porque si su intento hubiera sido desfigurarse, en verdad que esto no le hubiera sido difícil.

Pues bien; este Mr. Kohn fué el autor de un desastre ocurrido en el café. Mr. Kohn fué quien rompió el magnífico espejo.

El hecho produjo un asombro grande, después de un ligero alboroto, entre las personas que se hallaban en el café, el amo de éste y todos los mozos del servicio.

Mr. Kohn había entrado aquel día en la sala, dirigiéndose, como de costumbre, á su rincón; pero aquel sitio estaba ocupado; no había en toda la sala más que una mesa libre, y ésta se hallaba precisamente frente por frente al espejo. Sentóse en ella, bajó la vista y luego comenzó á beber, copa tras copa de cerveza, hasta irse poniendo en el estado de sombría embriaguez en que solía quedarse todas las tardes. Pero aquella tarde debió, sin duda, apurar demasiado. Como se había colocado en el centro del café, todo el mundo le vió, cuando con el rostro encendido, fijos sus ojos en el gran espejo, una viva cólera, un enconado odio se pintó en ellos. Monsieur Kohn empezó á murmurar sordamente algunas palabras, se dirigía á su imagen, cual si hablara con ella... y con ella pretendía hablar, porque de pronto se puso en pié, y cogiendo el vaso de pesado cristal en que bebía, lo arrojó contra el espejo, rompiendo la magnífica luna en mil pedazos.

Pasado el consiguiente tumulto, costó gran trabajo sacar del café á Mr. Kohn, que, completamente borracho, se hallaba en el colmo de la exaltación, lanzando imprecaciones y amenazas contra todo el mundo.

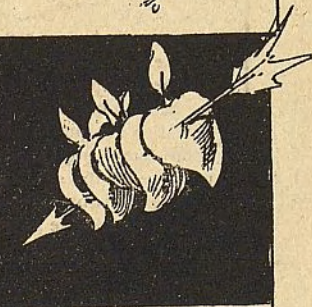
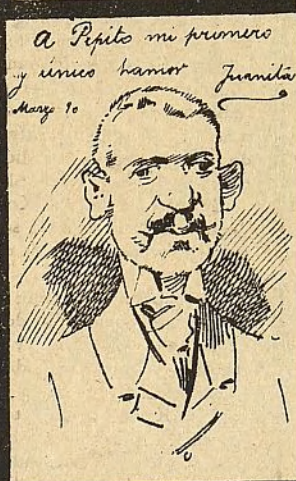
Al siguiente día Mr. Kohn pagaba los *vidrios rotos*, pero la vergüenza sin duda le hacía tomar pasaje en un vapor inglés y partir para Londres.



## EL AMOR DE ELLAS, POR CILLA.



—... porque, como Juanita que me llamo, te juro, Pepe, que tu eres mi primero y único amor...



¡Santa inocencia bendita!  
Presento á Vdes, señores,

varios primeros amores  
de Juanita.



## HUELGA UNIVERSAL, POR PONS.



— También nosotras vamos á declararnos en huelga. Pediremos la disminución de horas de trabajo y el aumento de jornales.



Al cabo de algún tiempo ya nadie se acordaba de Mr. Kohn.

## II

Mr. Kohn había dejado en la ciudad un solo amigo: un comerciante, un buen viejo, encanecido en el trabajo de los negocios: Dario Calmerá. Con éste había conversado y á éste había hecho algunas, si bien muy pocas, confidencias, y le había tolerado que le sermoneara y aconsejara por corregirle de aquel vicio de la embriaguez.

Seis años después de haberse ausentado Mr. Kohn, Dario Calmerá recibió por el correo francés un cajoncito que le remitían desde Pernambuco. Dentro del cajón, y entre los recortes de papel del empaque, había un objeto frágil... una botella lacrada, forrada con una recia capa de hule sobre la cual se leía: «Para el señor Dario Calmerá, comerciante en Santander.» Aquella botella había sido arrojada por la mar en las playas del Brasil.

El comerciante abrió la botella y encontró una carta, un medalloncito con dos retratos de Monsieur Kohn; en uno de ellos el inglés aparecía vestido con un vistoso uniforme de marino. La carta decía así:

«Hoy muero; no he podido resistir por más tiempo á la fuerza que me arrastraba hacia la muerte. Viajaba á Nueva Zelanda, y decidí arrojarme al mar. Hubiera confiado á alguna persona de las que vienen en el buque el encargo de entregar á usted esta carta, pero no hallo entre las gentes de á bordo, sujeto que me inspire confianza, y prefiero entregar al Océano y á la suerte esta carta. No sé cuando, ni cómo la recibirá usted, ni si llegará á recibirla, pero si la recibe, sepa usted que la escribí momentos antes de poner término á mi vida, y la escribí porque mi última ilusión era la de confesar á alguien mis íntimos dolores. Quisiera que usted recibiese esta carta, porque, además, en ella le declaro á usted que no he sido un bebedor vicioso, sino un hombre desgraciado que bebía por olvidar.

Pero la cerveza me ha producido una extraña embriaguez que no me hacía olvidar, antes por el contrario, prestaba más vivo color y persistencia á mis recuerdos.

¡Oh, qué triste idea formarían de mí en la ciudad cuando rompí el magnífico espejo del café!

Hé aquí sencillamente mi historia y el origen de mi extraña manía.

Me casé en París; linda y hermosa mujer la mía, hube de amarla como amamos los hombres de un temperamento moral hondamente sensible.

Mi graciosa mujer supo hacerme dichosísimo durante los dos primeros años de nuestro matrimonio; al cabo de ellos, un día me ocurrió una terrible aventura.

Tenia celos, pero supe refrenarlos; no obstante, algunas extrañas circunstancias hicieron que los hechos llegaran á infundirme temores, fundados en algo que había yo observado. Mi mujer tenía un amante, no cabía duda. Sin embargo, me era necesario lograr el convencimiento y lo obtuve; el día que digo, y creyendo mi mujer que yo me hallaba ausente de París, recibió á un hombre en mi casa y durante mi supuesta ausencia.

Yo no había visto la cara del hombre referido.

Pues bien, un día penetré en el gabinete de mi mujer cuando aquel se hallaba con ella; mi mujer huyó y yo me lancé sobre el amante que se había escondido tras de una tapia.

Pues bien, al levantar el tapiz, me hallé con mi hermano. ¡Mi hermano, que había nacido al mismo tiempo que yo; mi hermano, que era en un todo semejante á mí; él era el enemigo de mi honra y de mi felicidad...!

—Huye, infame, evita que cometa un fratricidio, le dije.

Mi mujer murió al poco tiempo. Tal vez había sido engañada por la singular semejanza que entre mi hermano y yo existía. Mi hermano salió de París y yo hube de quedarme sumido en el más profundo abatimiento. Pedíale á Dios que no volviese á colocarse ante mí á mi hermano, y por esto emprendí mis viajes; en parte alguna me fué posible hallar ni consuelo ni distracción... Tan sólo en el trabajo... y en la cerveza.

Os mando esta carta después de haberme bebido la última botella de cerveza; en el fondo de la botella que contuvo el licor que ha perturbado mi espíritu, va escrita toda la embriaguez de mi vida.»

Santander 1889.

JOSÉ ZAHONERO.

## ¡AGACHEN!...

A mi querido amigo D. Luis Fraile.

Joselillo no pudo pegar los ojos aquella noche; en cuanto se acostó procuró dormirse para madrugar mucho, pero el sueño le había huido de un modo tremendo y Dios sabe solo las vueltas y revueltas que dió en la cama, piensa que te piensa en la revista del día siguiente, en su novia, en el uniforme, en la compañía... ¡Parecía imposible tanta felicidad!... ¡Qué!... ¡Si era para sabido lo que había tenido que luchar hasta dar cumplida realización á su propósito!... Reclutar primero la gente, constituir la compañía, nombrar las clases, interesar después al diputado por el distrito para que remitiesen pronto de Madrid el armamento, gestionar y conseguir del alcalde—y gracias á que se trataba de su suegro futuro—que costeara por adelantado el vestuario con cargo á las cajas municipales, conseguir que le eligieran jefe... Pero, en fin, como la constancia alcanza al cabo su premio, todo estaba concluido; el pueblo contaba con la más vistosa compañía de milicianos nacionales que se ha visto, él era su capitán y tras de batallas sin cuento con su mamá política futura que quería ataviar á la fuerza á su gusto, mañana... ¿mañana?... dentro de unas horas, á la cabeza de su gente, alborotando la ciudad, vislumbrando delante de sus narices el pompón rojo de granadero, pasaría por la plaza tocando marcha, saludando al desfilarse al alcalde con la espada y á la hija con una sonrisa... Y al cabo, vencido por la fatiga, hundido en sus ilusiones, se le cerraron los párpados soñando una cosa horrible: que pocos momentos antes de formar había comenzado á caer un diluvio teniendo que suspenderse la gran parada.



Pero no: el sol no jugó tal trastada á Joselillo. Amaneció un día espléndido, radiante, lleno de claridad; un día sin igual para comenzar con buen agüero las fiestas del patrón; un día en que el horizonte parecía acabado de bruñir y en que la bola de bronce de la iglesia diríase que se rompía y estallaba en un tropel de rayos de lumbreal herirla la luz. Desde muy temprano, Joselillo, con su sable acuestas y su chacó encasquetado; mirándose de reojo los galones aunque afectando indiferencia; reventando de alegría; deslumbrado de sí mismo, se plantó en la casa consistorial y mandó tocar diana al único corneta de la compañía; luego aguardó impaciente á que la tropa fuera acudiendo al sitio de la cita.

Los milicianos nacionales habian elegido como su cuartel general la espalda de la alcaldía. Mientras, los balcones de su fachada principal que daba á la plaza se *abarrotaron* de gente convidada por la señora alcaldesa y allí se congregó la aristocracia del pueblo: el señor conde, que vivía retirado en su caserón antiguo de junto á la fuente; el oficial de la guardia civil; el síndico y los regidores con sus familias y toda la pollería de la ciudad; un tropel de ojos negros, de bocas de rosa, de mejillas de nieve, de muchachas, que era lo que tenía que ver, muy peripuestas con sus vestidos de seda y sus mantos de blondas para irse luego á la misa mayor. En todas las demás casas, desparramada por las ventanas, por los balcones, en los soportales, hasta en los tejados, se distinguía una muchedumbre inmensa, todo el pueblo, ávido de ver los nacionales y en la calle, hacinado, codeándose, empujándose, alzándose sobre las puntas de los pies, con sus chiquillos empinados sobre los hombros para que miraran por encima de las cabezas, chillando de impaciencia, volviéndose todo ojos las mujeres á fin de descubrir á su marido en la compañía, propalando orgullosamente algunas la categoría de cabo ó sargento de su Pedro ó de su Juan, aguardaba un aluvión enorme de gente que cada vez se engruesaba más con la que acudía de las callejas próximas.

Joselillo habia intrigado con su futuro suegro para que endigase un programa de su gusto y lo habia conseguido. Habría, pues, gran parada en la mañana del primer día y antes de la misa; desfile por la tarde en el paseo; revista el día segundo en el campo grande y gran simulacro el tercero en las afueras; el sueño dorado de Joselillo era estarse los tres días andando al frente de su tropa.

¡Ea! Ya llegó el momento; los milicianos hallábanse reunidos; Joselillo les formó en línea para revistarlos detenidamente; entonces, á pesar de su entusiasmo, tuvo un instante de desaliento y á través de su béclico estravismo, no pudo menos que notar la poca marcialidad de su gente y el grotesco aspecto que ofrecían con sus chacós disformemente grandes que se les metían hasta las orejas, sus levitas, por lo general anchas, de mangas tan largas que á muchos les ocultaban los dedos y sus pantalones, en cambio, cortos, *de pesca*, hasta el tobillo. Pero la cosa no ofrecía remedio; habia que conformarse; se le dispó á Joselillo en un momento la duda y repasando en su memoria las voces de mando, ahuecando el acento, algo trémulo y sobrecogido por la emoción, ordenó formar en batalla por

secciones, se colocó á la cabeza, y los ochenta hombres echaron á andar, procurando llevar el paso sin conseguirlo y al son de la corneta, que abría marcha, soltando un tropel descomunal de picias.

La compañía llegó á la plaza; cada cual de los milicianos procuró erigirse cuanto pudo y fusil al hombro, alta la vista y alborotando más que nunca la corneta, gracias á los buenos carrillos del manco de la barbería, que desempeñaba tal cargo, rompió la tropa de milicianos por la gente. Su llegada fué acogida por un víctor unánime, por un clamoreo colosal y los milicianos cobraron alguna animación ante el público.

Joselillo cumplió al pié de la letra su programa. Al pasar por delante del balcón principal del Ayuntamiento, saludó á la corporación con un corte magistoso de su espada en el aire y luego siguió mirando hácia el balcón de la esquina, donde sabía que estaba su novia.

Pero, en aquel instante, Joselillo palideció, le temblaron las piernas y le entró un sudor copioso y frío. La calle por donde habia de entrar estaba obstruida por una gruesa maroma, que la atravesaba: por la cuerda para impedir la fuga del toro, que por inexplicable imprevisión habían ya tendido de reja á reja cuando la corrida no sería hasta la tarde...

Joselillo vaciló... ¿Qué hacer?... Aquella cuerda era imposible de salvar sin inclinarse. Y no valia desfilarse por otra calle; sobre que la gente impediría el despliegue de la fuerza, todas las salidas se hallarían interceptadas de igual modo... ¡Por vida!... Y precisamente frente al balcón en el que esperaba su novia, allí donde pensaba lucir toda su gallardía y la de su gente... Mientras, continuaba avanzando... Urgía tomar un partido... Al cabo, el relámpago de una idea le resplandeció en la mente y recordando en parte su serenidad, al pasar por delante del balcón de su amada, la dirigió la proyectada sonrisa y el galante saludo y ladeándose luego, con acento fuerte que se oyó con entera claridad, inventando la voz de mando ante aquel obstáculo imprevisito, ya casi tocando con el plumero en la maroma, gritó:

—¡Agachen!... ¡Mar!...

Y toda la compañía se agachó por instinto, pasando por debajo de la cuerda.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

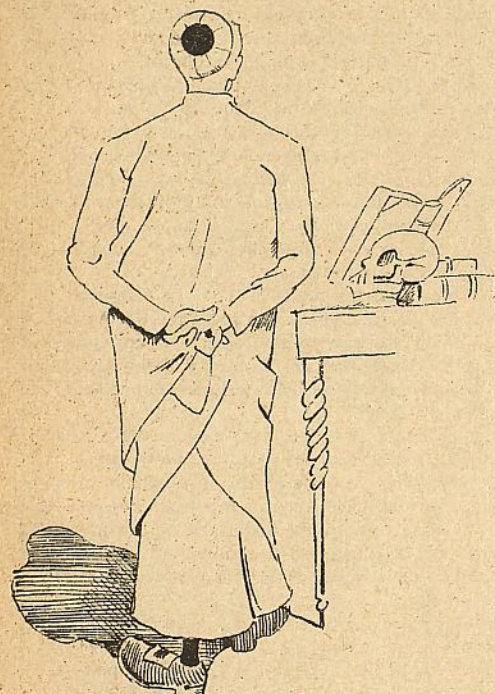
## LAS DOS GATAS.

Tengo dos gatas. La una, Francisca, es blanca como alborada de Mayo. La otra, Catalina, es negra como noche tempestuosa.

Francisca tiene la cabeza ovalada, la cara sonriente de una europea. Sus grandes ojos de un verde pálido llenan su rostro. Su nariz y sus labios de rosa, parecen teñidos de carmín. Se creería que se pinta, como una virgen enamorada de su cuerpo. Reluciente, regordeta, parisien hasta la punta de las uñas, se balancea al andar, toma posturas graciosas, levanta el rabo con el movimiento nervio-



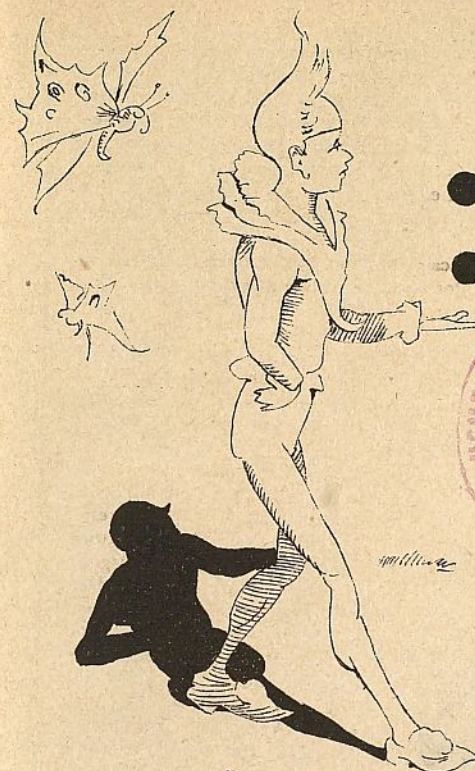
SIGNOS ORTOGRAFICOS. POR LAGO.



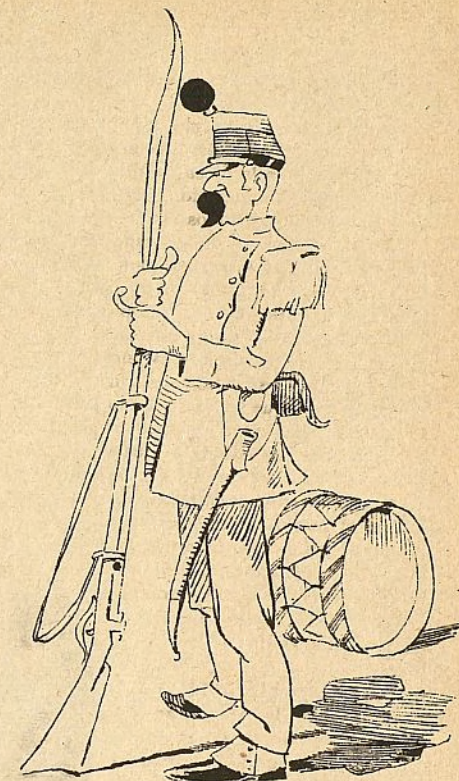
PUNTO.



COMA.



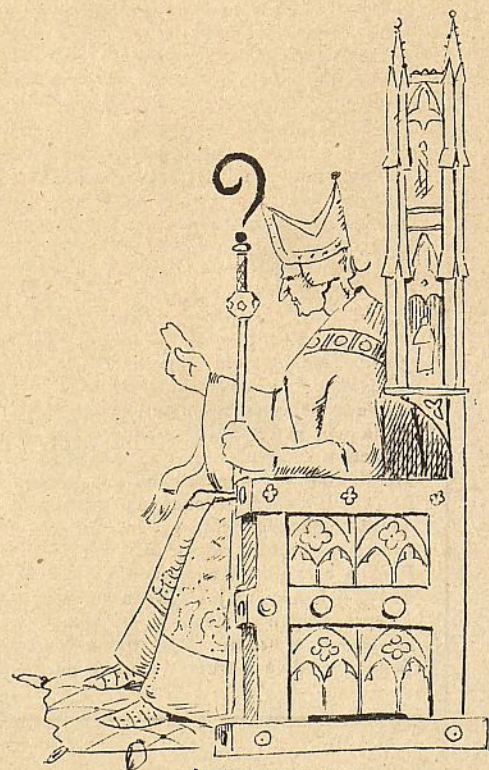
DOS PUNTOS.



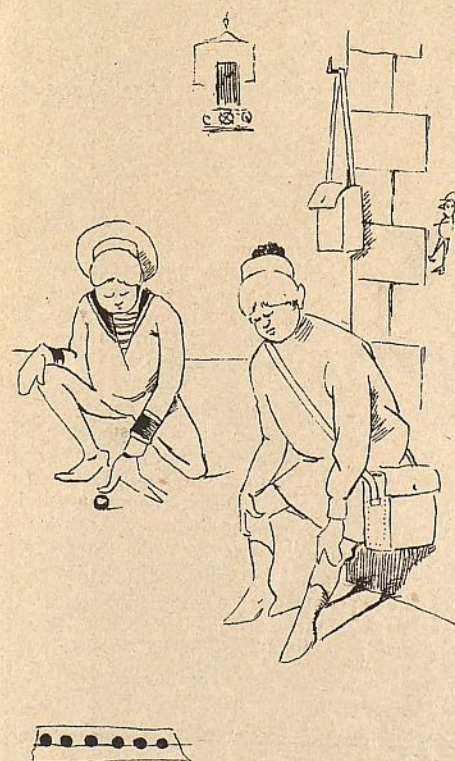
PUNTO Y COMA.



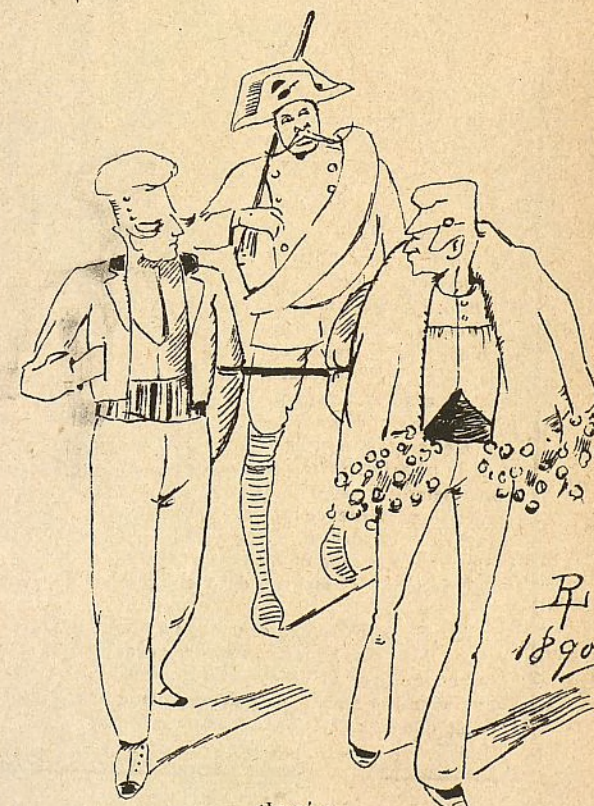
ADMIRACIÓN



INTERROGANTE



PUNTOS SUSPENSIVOS.



GUIÓN.



so de una señorita que se recoge la cola del vestido.

Catalina tiene la cabeza puntiaguda y fina de una diosa de Egipto. Los ojos, amarillos como láminas de oro, tienen la fijeza, la dureza impenetrable de las pupilas de un ídolo bárbaro. En las comisuras de sus delgados labios está estereotipada la eterna ironía silenciosa de las esfinges. Cuando se sienta sobre sus patas traseras, con la cabeza alta é inmóvil, es una divinidad de mármol negro: el gran Pacht hierático de los templos de Tebas.

Pasan ambas el día entero en la arena rojiza del jardín. Francisca se revuelca con el vientre al sol, lamiéndose las manos con la delicadeza de una coquetilla que se las lava con jabón de almendras dulces. Se adivina en su aire ligero y mundano que lleva muchas ideas en cabeza.

Catalina piensa. Piensa mirando sin ver, penetrando con sus miradas en el mundo desconocido de los dioses. Durante horas, permanece derecha, implacable, sonriendo con su extraña sonrisa de animal sagrado.

Cuando acaricio á Francisca con la mano, arquea el lomo, lanzando un maullido ligero de beatitud. ¡La hace tan feliz que se ocupen de ella! Alza la cabeza con movimientos cariñosos; me devuelve mi halago frotando su nariz en mis mejillas. Su pelo se estremece; su cola ondula con lentitud, y acaba por caer en dulce desmayo, con los ojos cerrados, roncando suavemente.

Cuando quiero acariciar á Catalina, evita mi mano. Prefiere vivir solitaria, sumida en su éxtasis religioso. Tiene el pudor de una diosa, á quien irrita é hiere todo contacto humano. Si logro colocarla en mis rodillas, se agazapa, alarga la cabeza, está alerta, pronta á escapar de un salto. Sus miembros nerviosos, su cuerpo delgado, permanece inertes bajo mis dedos que la acarician. No se digna descender á la alegría del amor de un mortal.

Así, pues, Francisca es una hija de Paris, loreta ó Marquesa, criatura ligera y encantadora, que se vendería por un elogio á su traje blanco, y Catalina es la hija de alguna ciudad en ruinas, que está no sé donde, allá lejos, donde nace el sol.

Pertenecen á dos civilizaciones diferentes: muñeca moderna, ídolo de cera, nación muerta.

¡Ah, si pudiese leer en sus ojos! Las tomo en brazos, las miro fijamente para que me cuenten sus secretos. No pestañean, y son ellas las que me estudian á mi. Nada leo en la transparencia de sus ojos, que se abren como agujeros sin fondo, como pozos vidriosos de claridad pálida, donde nadan chispas ardientes.

Y Francisca ronca con más ternura, mientras los ojos amarillos de Catalina me atraviesan como hojas de acero.

Ultimamente, Francisca ha dado á luz. Esta atollondrada tiene excelente corazón. Cuida con exquisita ternura al gatito que se le ha dejado. Lo coge delicadamente por el cuello, y lo pasea por todos los rincones de la casa.

ESCRITORES FRANCESES



Emilio Zola.

Catalina la observa, sumida en profundas reflexiones. El gatito le interesa. Loma, al mirarlo, actitudes de filósofo antiguo, que piensa en la vida y muerte de las criaturas, construyéndose en su imaginación todo un sistema de filosofía.

Ayer, mientras la madre había salido, Catalina se puso en cuclillas delante del pequeño. Le olió, le dió vueltas con la pata. Después, bruscamente, se lo llevó á un rincón obscuro.

Allí, creyéndose bien resguardada, se plantó delante del gatito, con los ojos brillantes, el lomo erizado, como una sacerdotisa que se apresta á hacer un sacrificio. Iba, según creo, á destrozar de una dentellada la cabeza de la víctima, cuando me apresuré á intervenir y á echarla. Al huir, ágil y silenciosa, me dirigió diabólicas miradas.

Pues bien, yo prefiero á Catalina; me gusta porque es páfida y cruel como una bestia del infierno. ¿Qué me importan las gracias ligeras de Francisca, sus muecas deliciosas, sus actitudes de coqueta? Todas las hijas de Eva tienen su blar cura y sus halagos. Mas no he encontrado ninguna hermana de Catalina, criatura perversa y fría, ídolo negro que vive en el eterno pensamiento del mal.

EMILIO ZOLA.



## EL CABECILLA.



El bueno del reverendo estaba acabando de decir misa cuando le presentaron á los prisioneros.

Sucedía la escena en plena montaña.

Una peña caída, sombreada por el espeso dosel de una vieja higuera, hacía las veces del altar, al que una bandera carlista servía de paño.

Los soldados de D. Carlos, alineados, silenciosos y con el fusil en bandolera, permanecían arrodillados. El sol, un sol de Pascua florida, inundaba de luz y de calor aquel salvaje rincón de la Naturaleza. Tan sólo de cuando en cuando el aleteo de algún mirlo interrumpía el rezo del padre y la voz del ayudante.

Por arriba, sobre el áspero lomo de la montaña, destacaban las siluetas inmóviles de los centinelas, que parecían petrificados.

¡Singular espectáculo el de aquel cura guerrillero, oficiando en presencia de su gente y con las armas al cinto!

Sus duras facciones estaban tostadas por la intemperie; dominaba en toda su persona cierto aire de ascetismo sin palidez y sin aquella sombra que deja en el rostro la clausura; tenía los ojos negros, pequeños y penetrantes y la frente cruzada por gruesas venas, que venían á ser como cuerdas que atasen el pensamiento, comunicando invencible tenacidad al espíritu.

Cada vez que el sacerdote se volvía hacia el auditorio murmurando *Dominus vobiscum*, se veían asomar por debajo de la casulla el uniforme, la culata del revolver y el mango de una gran navaja de muelles.

—¿Qué va á ser de nosotros? se preguntaban con angustia los pobres prisioneros. Y durante la misa, recordaban uno por uno todos los actos de salvajismo que se atribuían al cabecilla, á aquel cabecilla cuya fama había eclipsado la de los más sanguinarios del ejército realista.

Pero afortunadamente para ellos, aquel día el belicoso cura estaba de buen humor.

La misa dicha á la intemperie, la victoria que había obtenido la víspera sobre las tropas republi-

canas y hasta las alegrías propias de la Pascua iluminaban aquella cara avinagrada con un vislumbre de satisfacción y de bondad.

Una vez dicha la misa y en tanto que el sacristán desmontaba el improvisado altar, metiendo los ornamentos en una alforja, el cabecilla se encaminó pausadamente hacía los prisioneros.

Eran estos una docena de carabineros republicanos rendidos después de un día de combate y de una noche de horribles angustias. Amarillentos, desfigurados por el hambre, la sed y el cansancio, se apretaban unos contra otros como corderos en el matadero... El uniforme destrozado; las correas deshechas, el polvo que les cubría desde el ros á las polainas, todo contribuía á darles el aspecto desastroso del vencido, en quien el cansancio físico y el abatimiento moral se revelan y se confunden.

Se encaró con ellos el cabecilla, en cuyos labios se dibujaba una sonrisilla triunfal. No podía ocultar lo mucho que le complacía verles, á ellos, á los soldados de la República, macilentos y derrotados,

al lado de los carlistas, bien mantenidos, montañeses nervudos y fuertes como robles.

—¡Vive Dios, muchachos,—dijo con aire de protección—que, por lo que veo, la República no trata muy bien á sus defensores! Estáis más flacos que los lobos de los Pirineos en tiempos de helada... Muy otra es la vida que tienen los soldados de la buena causa. Y... vaya... ¿queréis probarla? Pues poneos la boina blanca y tan cierto como estamos en la Pascua, que os perdonaré á todos la vida si gritáis: «¡viva el rey!» Hacedlo así y mandaré que en el acto os den un rancho, ni más ni menos que á los demás individuos de la partida.

No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando los gritos de «¡viva D. Carlos!» resonaron por las concavidades de la montaña.

¡Infelices! El afán de

salvar la vida... el olor de la comida, que parecía brindar aliento á sus desfallecidos estómagos... la libertad y el aire de la campiña... ¡qué mas tentador que todo aquello!

—Vaya, que se les dé algo que roer—dijo el sacerdote soltando una benévola risotada.

Los carabineros se retiraron silenciosos.

Sólo uno, el más pequeño de todos, permaneció parado ante el cabecilla, en actitud altiva y resuelta, que contrastaba con su aspecto de chiquillo enfermizo.

ESCRITORES FRANCESES.



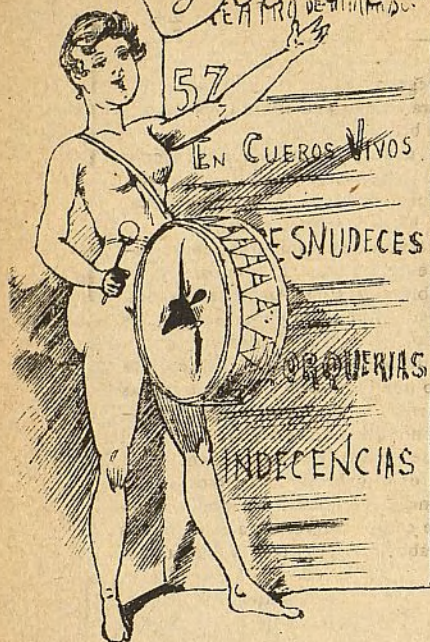
Alfonso Daudet.



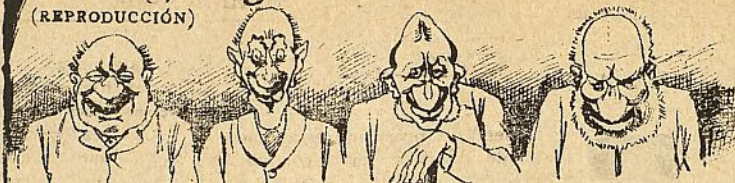
# BARRACONES FLAMENCOS

TEATRO DE MÚSICA

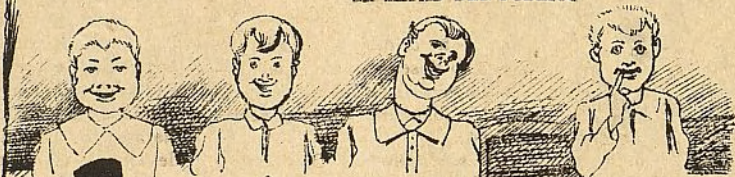
(REPRODUCCIÓN)



— Adelante, caballeros, gran espectáculo. A beneficio del público. Las coristas saldrán sin taparrabos. ¡Adentro, adentro!



LA MITAD DEL PÚBLICO



LA OTRA MITAD

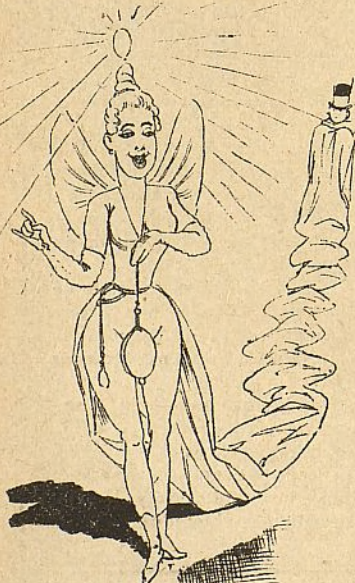


Los primeros actores, diez, doce y catorce duros diarios.—Algunos dicen *aya*, *efectivamente* y *causalidad*.

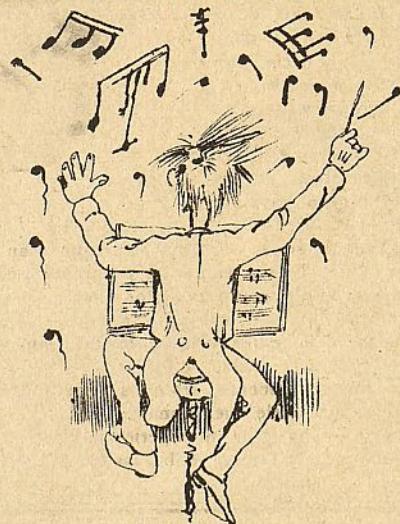


Precaución que deben adoptar los apuntadores para evitar las distracciones consiguientes al espectáculo que ponen ante sus ojos.

—He observado, Mariquita, que no levanta Vd. el vestido más que hasta salva sea la parte, y, la verdad, para eso no le doy a Vd. diez duros: eso lo hace una corista cualquiera.



La mitad del éxito.



La otra mitad



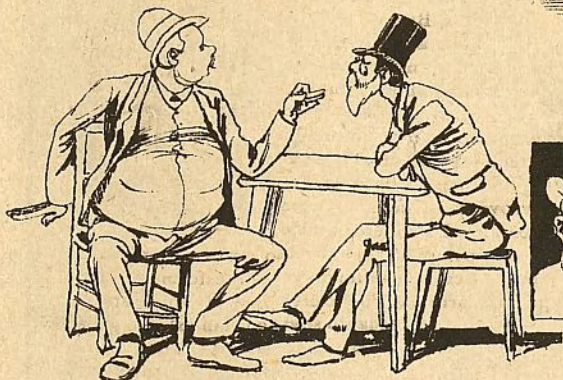


COMO SE PERSIGUE LA REVENTA.

—Butacas á ocho reales.  
—Si me las das á cinco, para un compromiso que tengo...



—¡Ay, maestro, yo no puedo dar ese *si* tan alto!  
—Si no se pasara V. la vida dando el *si* á todo el que se lo pide, ahora podría Vd. dario para la empresa que se lo paga.



REGLA GENERAL.

Creame V., Sanchez: las mujeres deben sacar poca ropa. Cuanto menos sube la cuenta del sastre, más sube el rendimiento de la taquilla....



Única manera de que al público le resulte que las coristas no salen desnudas a escena.

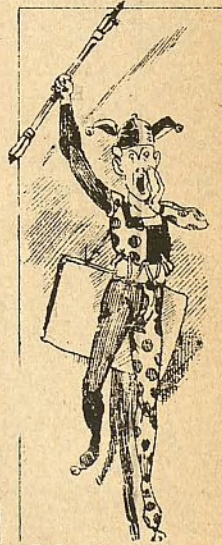


LOS ÉXITOS.—EN LA PLATEA.  
[Criminal] [Asesino] [Puerco] etc, etc.



LOS ÉXITOS.—EN EL ESCENARIO.

—[Seberbio] [Sublime] [Ese es el camino]



¡Padres los que tenéis hijos; mujeres las que tenéis marido; maridos los que tenéis mujer: no vayais á los barracones flamencos que llaman teatros, porque ellos serán vuestra perdición y la de los vuestros!



El cuerpo le bailaba dentro del capote, que le venía holgado; de las mangas salían dos muñecas delgaditas y en sus ojos rasgados, brillantes y muy abiertos, ojos de árabe animados por la llama española, brillaba la fiebre ó el entusiasmo.

—¿Qué hay, muchacho?—le preguntó el cabecilla sinuén lose molestado por aquella mirada fija—¿qué quieres?

—Yo? No quiero nada. Espero que decida V. de mi suerte.

—Nada he de decidir. He perdonado á todos.

—A los otros sí. Son unos cobardes y unos traidores... Pero yo no he gritado...

El cabecilla sintió un escalofrío, y midiéndolo con la vista al prisionero, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Antonio Vidal.

—¿De dónde eres?

—De Puigcerdá.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez y siete.

—Pocos hombres con barba encontrará la República, cuando se ve precisada á echar mano hasta de los chiquillos.

—Es que yo no soy quinto: soy voluntario.

—¿Y no sabes, infeliz, que si me da la gana, puedo hacerte gritar, quieras que no quieras, «¡viva el rey!»

El carabinero respondió con un gesto altivo, lleno de desprecio.

—¿Cómo? ¿prefieres perder la vida?

—Lo prefiero.

—Está bien. Lo que es de esta no te libras.

Y el cabecilla, por medio de una seña, llamó á unos cuantos soldados que, preparando los fusiles, se alinearon detras del prisionero. Este no pestañeó ni dió la más pequeña muestra de cobardía.

Ante aquel valor tan resuelto, sintió el cabecilla cruzar por su alma algo así como una sombra de compasión.

—Antes de morir, ¿deseas alguna cosa?

—Sí: querría confesarme.

—Bien está. Arrodíllate. Precisamente no me he quitado todavía la estola...

Y alejando á los soldados con una seña, se sentó sobre una piedra y se preparó á recibir la confesión del penitente.

En aquel preciso momento, estalló un formidable tiroteo en la boca del desfiladero.

—¡La columna! gritaron los centinelas.

El cabecilla se levantó de un salto, y sin perder la sangre fría, sin acordarse de quitarse los ornamentos, se disponía á partir, cuando reparó en el muchacho, que continuaba arrodillado á sus pies.

—¿Qué esperas?

—La absolución, padre.

—¡Ah, es verdad! refunfuñó.

Y alzando la mano derecha con gravedad, bendijo aquella cabeza juvenil. Y luego, al tiempo de marchar, viendo que, ansioso de tomar parte en la acción, el piquete se había dispersado, dió un paso atrás, puso la boca del trabuco en la sien del penitente y disparó á boca de jarro.

ALFONSO DAUDET.

## MADRID PANOLI

La idea de una fiesta en Madrid al estilo de Roma me había hecho buen cuerpo. Ahora tenemos el sentimiento de ver que no cuaja, por falta de elementos, según dicen.

Será por falta de tiempo, no por falta de elementos.

Habíase pensado en sembrar ápios en la calle de Alcalá, con lo cual teníamos la Via Apia.

Infinidad de señoras de Butibamba, descendientes en línea férrea del que se tragó la lanza ó del que tomaba rapé y sopas con Mendo Pelaez del Vendabal—entre las que figuraban las de Putifar, las de Zurrisburris y otras—se habían prestado á hacer de meretrices voluntarias sin más retribución que lo que se fuera presentando buenamente.

Tres ó cuatro chicos del Mantequis-Club, habían ya cambiado sus nombres y apellidos de ilustre abolengo por otros de sabor romano y no se *men-*taban de otra manera, con el objeto de irse acostumbrando á Roma.

—¿Has visto á Presto Mustio Plauto?

—Creo que está en el baccarat con Tulio Bestio Cisco.

—¡Adios, Bruto!

—¡¡Adios, animal!!... Chico, dispensa, no recordaba que era mi nombre romano.

Un chico que tira para agrónomo había concebido la feliz idea de salir á paseo seguido de un tigre de Terranova, pero como un tigre cuesta mucho dinero, aparte

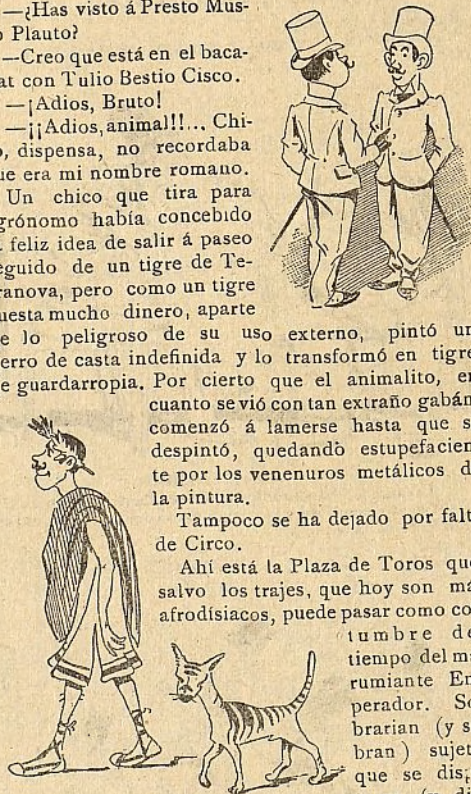
de lo peligroso de su uso externo, pintó un perro de casta indefinida y lo transformó en tigre de guardarropia. Por cierto que el animalito, en cuanto se vió con tan extraño gabán, comenzó á lamerse hasta que se despintó, quedando estupefacto por los venenuros metálicos de la pintura.

Tampoco se ha dejado por falta de Circo.

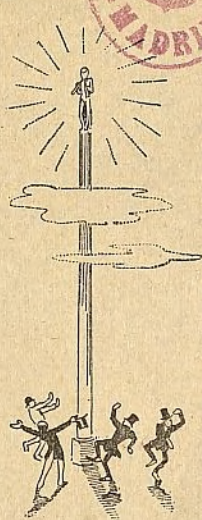
Ahí está la Plaza de Toros que, salvo los trajes, que hoy son más afrosiáticos, puede pasar como cos-

tumbre del más rumiante Emperador. Sobrarians (y sobran) sujetas que se dis;utaran (y dis-

putan) la sonrisa de los discóbolos modernos. El ídolo que diera carácter á la fiesta sería el Dios Pan, colocado en altísima columna y al rededor del cual los madrileños bailarían al son de la zampoña.







¿Por qué elegir una fiesta romana y no otra? preguntarán ustedes.

La razón es sencilla: lo más difícil de todas las mogigangas es el vestuario de los comparsas. Pues bien, aquí los comparsas se hubieran vestido muy fácilmente: alpargatas por sandalias, en camisa, y la colcha de la cama convertida en clámide. Los amantes del lujo hubieran ribeteado el faldón con trencilla roja, y los que ejercen cargos públicos, (Mansi, por ejemplo) hubieran completado este improvisado traje con una corona de laurel á lo *Dante Lecheri*. Quien dice de laurel, dice de Maria Luisa, ebónibus ú otro alimento espiritual.

¡Y pensar que por esta vez no hay de qué! Ya me estaba yo relamiendo con salir á la calle en camisa; ir á dar una vuelta por la Via Apia frente á las Calatravas; topar con una meretriz transitoria...

—¡Oh, tú! Quien quiera que seas, sígueme.

Claro que la seguiría, por no faltar á una señora. Convidada en ca Marco Flavio Bottin y luego... *cap y cua*.

En el «New England», «Bazar X» y otros establecimientos análogos habian hecho gran provisión de dactiloteas en las que se veian grabados... como aquellos de Pompeya; collares con reliquias, tambien pompeyanos; cosas de aquellas que no sé como se llaman, que tienen cuatro pinchos, dispuestos de tal modo que siempre queda uno apuntando. Todo esto no ha podido salir á la venta por falta de ocasión.

Ducazcal se hubiera exhibido. Yo no sé en que forma, pero no duden ustedes que hubiera salido por ahí vestido ó desnudo de algo. Quizá de

sacerdotito de Momo.

Desde luego pensóse en suprimir las Bacantes. ¡Vacantes en la Corte! Que salga una á la calle y la destrozan los vagos con tendencias al empleo.

Tambien se pensó en omitir los lupanares, por no encontrar en todo Madrid sitios adecuados ni mujeres *ad hoc* y mucho menos parroquianos.

*Badila, Melones, El Chuchi* y otros caballeros de

coleta se habian apuntado para catafractas, con el grado que por categoria les correspondiese.

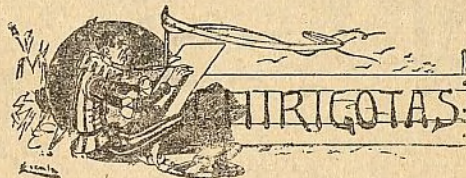
Algunos telegrafistas, de manipulos.

Para completar el cuadro, solo faltaria exigir a las señoras que se presentasen en la Via Apia tal y como lo hacen en los palcos del teatro Real, figurando de este modo los tiempos aquellos en que se mandó que las mujeres romanas fuesen con sus redondeces al aire para abrir boca, que decimos.

Un joven de los de alta sociedad, que ya tenía clamide y corona de alfalfa preparadas, se quejaba de la poca inventiva de la Comisión, que no habia proyectado una *numismática* en el estanque del Retiro.

Supongo que querría decir naumaquia.

MELITÓN GONZALEZ.



**Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.**



La obrita *Tila* de Saenz Hermúa (*Metachis*) y Liminiana (Sainz y Lamiria, como les ha llamado la prensa local) continúa representándose en el Eldorado y gustando cada vez más.

Tiene chistes á porrillo, situaciones cómicas de buena ley y una trama ingeniosa y bien desarrollada, que justifican el éxito obtenido.

Mi felicitación á los actores que con tanto donaire la han representado y á los autores, cariñosos amigos y colaboradores nuestros.



A los señores que nos honran remitiéndonos trabajos para el periódico, les rogamos que por ahora y hasta nuevo aviso, dejen de mandarnos artículos.

Es tal la abundancia de originales en prosa que tenemos —muchos de ellos de actualidad— que, como se ve, en el presente número, para darles salida y aligerar un tanto la *existencia*, hemos dado de mano á las composiciones en verso.

Sirva este aviso de explicación á los señores cuyos artículos, admitidos hace tiempo, no han podido ser publicados todavía.

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje,



PARA ENCENDER EL CIGARRO, POR LAGO.



1.

P  
1890.

2.

## ANUNCIOS

### LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. . . . .	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera. . . . .		2'50 .

*Números atrasados doble precio*

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

#### REDACCION Y ADMIMISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º —Barcelona.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES

DE 2 Á 4 TARDE

#### UNICO ENCARGADO

DE LA VENTA Y EXPENDICION DE

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,  
SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA

Sra. Viuda de Pozo é Hijos

GALERIA LITERARIA.—Calle del Obispo, 55, Librería.  
HABANA

NICOLAS MIRALLES

LITÓGRAFO

UNION, 17.—BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL  
DE

CALZADA É HIJO

Arco del Teatro, 9, pasaje

BARCELONA